

Carlos
Francisco
Echeverría



Aclaración sobre el arte de Lola Fernández

No puedo menos que agradecerle a César Valverde el que, en su reciente andanada en mi contra, me llamara la atención sobre la forma torpe y desafortunada en que me referí a la obra de la artista costarricense Lola Fernández, en un artículo que publiqué sobre el Salón Nacional de Dibujo. A continuación me propongo demostrar, explicar y aclarar mi error, del mismo modo que demostré que todos los demás que me adscribía Valverde no lo eran.

Sobre Lola Fernández dije: "Se discute si un relieve de Lola Fernández que se encuentra en la muestra es o no un dibujo. Al margen de esta querrela, señalaremos en la obra de esta artista lo que siempre en ella es evidente: talento, virtuosismo plástico, acompañados de cierta negligencia, de falta de razones profundas para hacer arte, pese a las pequeñas obras maestras que, gracias a su curiosidad pictóri-

ca, produce ocasionalmente".

Mis errores, que señalé con entusiasmo César Valverde, se encuentran en una palabra: negligencia, y en una frase: falta de razones profundas para hacer arte. Cuando las releo, solo puedo adscribir el haberlas escrito al profundo estado de depresión que me causa pensar y escribir sobre ese Salón de Dibujo, muestra que habría preocupado a cualquiera que se interesara por el desarrollo y el estado actual de la plástica en Costa Rica.

En efecto, si de algo no padece Lola Fernández es de negligencia. Algunas semanas antes de escribir mi artículo sobre el Salón de Dibujo tuve oportunidad de visitar el taller de la pintora, de departir largamente con ella, de examinar atentamente sus dibujos y pinturas de muchos años. Recuerdo las cosas que más me impresionaron: su prolijidad, la ausencia de interés comer-

cial (virtud maravillosa en un artista, que ella se puede permitir) y el desfase existente entre la significación de algunas de sus obras y las ideas de la artista sobre las mismas. En efecto, a algunas de las que más me impresionaron (y que considero entre lo mejor que se ha hecho en el país) la pintora las veía básicamente, como experimentos, como "trabajos de cocina". Y a otras, que me parecieron superficiales o inconexas, la artista les adscribe complejos (aunque no necesariamente profundos) significados simbólicos. A esa manera irregular en que, a mi juicio, participa la racionalidad en la creación de la pintora, fue a lo que me referí, repito, muy desafortunadamente, con la frase "falta de razones profundas para hacer arte". Todavía más inadecuada es la aplicación de la palabra "negligencia" a algo que, en el peor de los casos, podría llamarse "inconsciencia", una inconsciencia que, de todos modos, ha estado presente en la creación tanto de lo más superficial como de lo mejor del trabajo de esta artista.

En cuanto a lo de "pequeñas obras maestras", a lo cual Valverde no se refiere, también es cuestionable: algunas de las pinturas en que Lola Fernández utiliza exclusivamente como lenguaje el diseño, la composición, el color, las texturas, etc., es decir, un lenguaje de signos específicamente plásticos, y no de símbolos, son pequeñas obras maestras en el plano internacional, grandes, a mi parecer, en el plano nacional. Ojalá que la ar-

tista exponga pronto esos trabajos, para que el público interesado pueda confrontar mis criterios.

Por ahora, no vale la pena que me refiera a esas obras extensamente. Puesto que no están expuestas. Ellas no llevan, sin embargo, a un problema interesante desde el punto de vista de la crítica, a saber: ¿Cuál es el lenguaje específicamente plástico? ¿El de los signos (color, trazo, caligrafía, diseño, composición, etc.) o el de los símbolos? ¿Cómo interactúan esos dos lenguajes en el arte representacional o figurativo? Se trata de problemas que ha resuelto en una gran medida la estética contemporánea, pero que probablemente escapan al interés del gran público, por lo cual no se pueden desarrollar aquí. No hago más que proponerlos como tema de reflexión.

En cuanto a los dibujos enviados por Lola Fernández al Salón Nacional, no dan la impresión de estar inspirados en una idea, una experiencia, una intención concretas y vigorosas, y en esa medida adolecen de uno de los problemas: o no transmiten significados fuertes, o transmiten sin fuerza lo que intentan significar. De allí que hayan actuado sobre mi percepción como una cáscara de banana, que me hicieron evocar la necesidad de una mayor consistencia de teoría y de propósitos entre nuestros artistas.

En suma, lo que muchos observadores de arte nacional le "resentimos" a Lola Fernández es el que, teniendo el talento suficiente para hacer una obra significativa cada vez que se instala ante el papel o el lienzo, caiga a menudo en el hacer obras un tanto desvaídas en las que el interés experimental no se ha encontrado con un sentimiento profundo que pueda fecundarlo.